

los que iban á Emaus: *¿De qué hablábais, y qué es lo que os hace estar tan tristes?... ¿Qué es lo que os ha pasado en Jerusalem? ¿Ignoraba, por ventura, el Salvador ninguna cosa de las que preguntaba? No, por cierto: lo mismo, pues, sucedió con María en La Saleta. Los Apóstolos también hablaron muchas veces sabiendo lo contrario que hoy parece tener sus palabras. A los de Efeso les dice San Pablo (Ephes., 4, 30): Tened cuidado de no contristar al Espíritu Santo; y San Pablo ya sabía que el Espíritu Santo no puede realmente entristecerse. Por último, el mismo Jesucristo (Apoc., 3, 16) dice desde lo alto del cielo al alma tibia que se subleva el estómago hasta hacerle vomitar. Todas estas maneras de hablar no son mas que la expresion del hombre tal como es aquí abajo, y que de ninguna manera pueden turbar la beatitud sobrenatural.*

La Virgen, pues, habló en La Saleta á los pastoreitos de un modo sencillo, cual si ella también fuera una persona mortal que observa no le entienden aquellos á quienes habla, y procura hacerlo de otro modo, cambiando de lenguaje, de expresiones, y de lo necesario al fin á que se marcha.

Siendo, pues, las objeciones que dejamos copiadas las principales hechas por los críticos á lo dicho por la Virgen Santísima para negar el milagro de la aparicion, volveremos ahora á seguir el hilo de los hechos y de las pruebas de su realidad, pues apenas podrá señalarse uno que haya sufrido tantas diligencias rigurosas, multiplicadas y superiores en teson y en número, á todas las que se hacen para la canonizacion de los Santos y apariciones de la Reina de los Angeles.

III.

PRUDENCIA DEL DIOCESANO, DILIGENCIAS EN DESCUBRIMIENTO DE LA VERDAD, Y ANIVERSARIO DE LA APARICION.

Apenas el cura de La Saleta oyó el Domingo 20 de Setiembre de 1846, antes de ir á la Iglesia, la noticia de lo que hablaban los niños, llamó á estos, y le refirieron todo lo que dejamos dicho al principio. Oyó también á los vecinos Selma y Pra, en cuyas casas servian, y, enterados estos de lo que aquellos habían referido al párroco, encontraron que no variaba en nada de lo que á ellos les habían contado en la noche anterior, luego que volvieron del monte con las vacas.

Aquel venerable sacerdote fué á la Iglesia, y, conmovido tiernamente del suceso, habló de él á sus feligreses entre sollozos que ahogaban su voz. No se habló en todo el día de otra cosa en el pueblo, pero con tal calor, que muchos vecinos marcharon con los dos niños al sitio de la aparicion; y si bien nada descubrieron que llamase su atencion, observaron con asombro que la fuente, que estaba seca todos los veranos, y que también lo estaba en el día anterior, manaba entonces un raudal abundantísimo. Al regresar los vecinos contando este prodigio, el alcalde del pueblo llamó á los dos niños, los puso en cuartos separados, examinó primero al uno y despues al otro; ambos dijeron una misma cosa, y lo que dijeron estaba literalmente acorde con lo que habían dicho á sus amos, al pár-

roco y á los vecinos. Mas adelante se verá la declaracion del alcalde.

Maximino fué restituido á la casa de sus padres el dia 21, y como la noticia de la aparicion se extendió en aquellos dias de un modo pasmoso, empezaron á ir algunas personas de todo el departamento en peregrinacion al paraje del suceso; mas como allí no habia nada, el cura de La Saleta puso una cruz en donde estuvo sentada la Virgen y otra en el sitio de donde se elevó al cielo: poco despues añadió otras cruces entre aquellas dos, y dejó establecidas así las catorce estaciones del Calvario, para que los peregrinos hiciesen este piadoso ejercicio en aquel monte santificado por la excelsa Madre del Redentor.

El Revdo. Obispo que á la sazón habia en Grenoble, á cuya diócesis pertenecen el pueblo y monte de La Saleta, era uno de los Prelados mas respetables, sabios y experimentados de Francia, y obró en el asunto con la mas exquisita precaucion. La opinion pública estaba conmovida desde el origen del suceso, y un considerable número de párrocos le consultaron la conducta que deberían observar en el particular. A todos respondió, y lo mismo á los que no le preguntaron, dando una pastoral á los veintiun dias de la aparicion, mandándoles que cumpliesen las instrucciones del año de 1829, prohibitivas de publicacion de nuevos milagros, mientras él ó la autoridad del Soberano Pontífice no lo declarase, y les encargó que entre tanto guardasen la mayor reserva sobre el acontecimiento de La Saleta, muy particularmente en el púlpito.

No obstante esto, el mismo diocesano empezó á recoger cuidadosamente todo lo que tenia relacion con el hecho: recibia cartas numerosas y relaciones circunstanciadas del suceso; escuchaba las que verbalmente se le hacian por peregrinos de dentro y fuera de su obispado, y por personas que habian sido curadas de sus enfermedades con el uso del agua de la citada fuente: hizo ademas visitar el paraje de la aparicion, y que se hiciesen nuevos interrogatorios á los niños, no solo por los señores párrocos de Corps y

de La Saleta, sino tambien por otros de diversos cantones. Ademas mandó á dos eclesiásticos respetables de la capital de la diócesis que marchasen en comision, y al regreso le diesen cuenta verbal y por escrito de las impresiones y diligencias que trajesen de aquellos parajes y personas, explorándolas cuidadosamente.

A los tres meses tenia ya el venerable Prelado en sus manos un voluminoso expediente con documentos de la mayor importancia; nombró entonces dos comisiones, la una compuesta de canónigos de su catedral, y la otra de catedráticos del gran Seminario; hizo sacar para la una copias de todos los documentos, y mandó que cada una le diera cuenta en relacion escrita por separado, sin comunicarse la una comision con la otra. Ambas le presentaron su respectiva Memoria, y se hallaron enteramente idénticas. En las dos resultaron probados hasta la evidencia el hecho de la aparicion, el prodigio de la fuente, y la constancia y uniformidad de los niños en todo lo que venian diciendo desde el dia del milagro á las infinitas personas que les habian interrogado.

Examinado todo por el diocesano, y haciéndose superior á lo que le aconsejaba la ansiedad general, dejó pasar siete meses mas, sin hacer declaracion ninguna y sin levantar á su clero la prohibicion que le habia impuesto de hablar del suceso. Durante este período recibió nuevos documentos, interrogó por sí mismo á las personas mas graves y competentes de las que habian estado en La Saleta, y oyó á los amos de los niños, á los párrocos de allí y de Corps, al alcalde y á otros muchos de los que oyeron hablar á los niños la primera vez que refirieron el acontecimiento, y en las posteriores que volvieron á contarle en muchos parajes. A los diez meses, contados desde el dia de la aparicion, este prudente diocesano dió un mandato acordando que el presbitero *Roussellot*, catedrático de teología y vicario general honorario, y el Sr. *Orcel*, superior del gran Seminario, en calidad de comisarios delegados, recibiesen una informacion, recogiendo en ella todas las noticias relativas

al grande acontecimiento y á los hechos que lo siguieron: les encargó ademas que, para el mejor desempeño de su cometido, asociasen á sí los sacerdotes y seglares cuya presencia considerasen útil para el descubrimiento de la verdad. Debían ademas pedir de una manera particular é imparcial el dictámen de los médicos que hubiesen asistido á los enfermos, cuyas curaciones se atribuian á la invocacion de Nuestra Señora de La Saleta y al uso de la agua de la fuente que estuvo seca.

Los dos comisionados recorrieron nueve obispados del Mediodía de la Francia, visitaron la montaña, interrogaron muchas veces á los niños, á muchas personas y á gran número de habitantes de los pueblos de Corps y de La Saleta, á la superiora del convento en que aquellos estaban ya educándose, y á varios médicos. Reunieron ademas declaraciones oficiales, y escribieron para el diocesano una Memoria, en la cual aparecía nuevamente probado cuanto resultó en las anteriores de otros comisionados. De ella hablaremos despues con mas extension, pues ahora seguimos el orden de las escrupulosas diligencias practicadas en descubrimiento de la verdad, y daremos aquí cabida á tres acontecimientos notables y públicos que ocurrieron antes que aquellos delegados desempeñasen su mision, no obstante que tambien hacen mención de ellos en su Memoria.

1.º El Sr. Sagier, cura párroco de San Pedro, en el distrito de Pont-en-Royans, era natural de la villa de Corps, y fué á ella á pasar quince dias con su familia: era el mes de Febrero de 1847, cinco meses despues de la aparicion, y como fué incrédulo, se empeñó decididamente en no dar crédito mas que á lo que él mismo descubriese y le sugiriera su criterio imparcial. Como en la citada villa estaba el establecimiento en que se educaban los dos niños, todos los dias los veía, les interrogaba, unas veces separados, otras reunidos, y por término de sus ensayos y diligencias, escribió una Memoria de cuarenta páginas, confesándose el mas fervoroso creyente del milagro de la aparicion. En esa Memoria se vió tambien que la narra-

cion hecha por los niños á este sacerdote, no discrepaba en nada de la que venian haciendo desde el 19 de Setiembre del año anterior.

2.º En Julio de 1847, á los diez meses de la aparicion, el Revdo. Obispo de la Rochelle hizo un viaje de doscientas leguas para examinar por sí mismo el hecho, tomando cuantos conocimientos le fueran posibles. A su regreso escribió al de Grenoble diciéndole: *He vuelto de La Saleta con una conviccion que difiere poco de la evidencia*; pero no creyendo que esto era bastante, publicó luego un folleto, que se ha traducido en diversas lenguas. En él refiere todos los detalles del viaje, del carácter y narraciones de los niños que describimos en otro lugar, y concluye diciendo:

“Tan convencido estaba yo *de la aparicion* antes de mi viaje á las montañas como lo he quedado despues, porque antes de mi correría parecíame que nada faltaba á las pruebas que demostraban la verdad del hecho; y esto explica la resolucion que habia yo tomado de hablar de él abiertamente

“Pero la visita que he hecho á aquellos sitios, las conversaciones que he tenido con los dos pastorcitos, la certidumbre personal que he adquirido de los milagrosos resultados que han seguido á este suceso extraordinario, dan hoy á mis palabras otra fuerza.

“Apenas de regreso llegué á Leon, me asaltó una multitud de curiosos que deseaban les diese cuenta de mis impresiones. El dia no era bastante largo para satisfacer á los deseos de todos. En el interior de las familias, en el de las comunidades, en las capillas privadas, en todas partes, se me pedía que hiciese de nuevo la relacion, cien veces repetida. Y ¡por qué no habia de prestarme á ello de buen grado!

“No es mi intencion pronunciar una sentencia, pero nadie podrá tildarme si adoptó esta expresion del Rey Profeta: *He creído, y por esto he hablado*. Me he cerciorado por mí mismo de la mayor parte de las cosas que he contado. ¡Gloria á Dios! ¡Sea su nombre por siempre bendito y santificado! Honor y gratitud á la Virgen Purísima! ¡Sean oidos sus maternales avisos!”

3º Llegó el 19 de Setiembre de 1847, día en que se cumplía el primer año de la aparición, y ya para entonces habían tenido lugar muchas peregrinaciones á la fuente y muchas curaciones prodigiosas con el uso de su agua, y el número iba en aumento. Este primer aniversario dió lugar á un espectáculo el mas extraordinario y grandioso, á la vez que tierno, y demostrativo de la convicción general.

Aun no habia en la llanura de la montaña ningun edificio, ni mas objetos materiales que las catorce cruces que se habian puesto en un principio para que los peregrinos hicieran el piadoso ejercicio del camino del Calvario. Se creyó que en ese día seria la concurrencia mas numerosa que de ordinario, y como era Domingo, el Revdo. Obispo de Grenoble, que continuaba en su silencio hasta que, precedidas las pruebas que iba reuniendo, pudiera pronunciar canónicamente el suceso, permitió, para que las gentes no se quedasen sin misa, que se pusieran dos altares cubiertos con toldos. No se habia empleado medio ninguno para atraer la multitud; el clero permanecia en la reserva impuesta por el diocesano; y esta circunstancia, este silencio tan absoluto y general de los párrocos, sobre un hecho que podria haberse ya anunciado en todos los pulpitos, era mas bien un motivo de retraccion que de estímulo para ir al monte memorable.

Pues bien: de cincuenta á setenta mil personas de toda edad, sexo y condicion, entre ellas doscientos cincuenta sacerdotes, se reunieron en aquella llanura y montes, viniendo espontáneamente de muchos puntos de Francia y del extranjero. Véase lo que hicieron:

A las ocho de la noche del día 18 empezó á llover, y no cesó hasta las diez de la mañana siguiente, causa por la que mas de mil y quinientas personas que llegaron á la llanura antes de las doce de la noche, y otras muchas posteriores, la pasaron en un campo raso, recibiendo la lluvia con los mayores sentimientos de piedad.

A la una de la noche, la cabeza de la procesion, iluminada con hachas y multitud de velas, empezó á subir del

pueblo de La Saleta á la montaña santa, á ese templo cuya bóveda era el cielo, mientras que los extremos de la misma procesion se extendian á tres y cuatro leguas por los caminos de Corps, Gap y Grenoble, y de hora en hora llegaban á la montaña, unas tras otras, masas de cuatro á cinco mil peregrinos. Se dijeron en los dos altares de treinta á cuarenta misas, y no hubo ni el mas ligero desórden, disputa ni motivo de disgusto en tan inmensa reunion; de modo que cuatro gendarmes que la autoridad civil mandó á la localidad, no se ocuparon de otra cosa que de abrir paso para los altares á las personas que iban á recibir la Sagrada Comunion, y á otras que se dirigian á beber á la milagrosa fuente.

No se oian mas voces que los cánticos piadosos que resonaban en toda la montaña, y habiéndose disipado á las diez de la mañana las espesas nubes que oscurecian el monte, salió el sol y facilitó la vista de aquella escena admirable, así como las nuevas masas de peregrinos que iban llegando por la falda de la montaña.

Dos coros de quince mil voces entonaron el *Magnificat*, y un sacerdote exclamó: *Hermanos míos, roguemos á Dios por la Francia pecadora*; y apoderándose de todos los corazones una mocion universal, miles de oraciones ardientes, mezcladas de lágrimas, subieron al cielo como el mas puro incienso. María, la compasiva María habia convocado allí su pueblo por las bocas de sus jóvenes apóstoles, los pastoreitos; allí estaban tambien, perdidos entre la multitud, estos dos niños que hacia un año fueron las únicas personas que estuvieron solas con la Virgen Santísima en esta llanura, ocupada hoy por setenta mil.

Preguntemos ahora: esas masas de gente de todo sexo y edad, de muchas provincias y naciones, ¿podian ser por ventura, el juguete de un engaño, de una ilusion ó de combinaciones humanas? Y en esa multitud compacta, ¿no habia mas que ignorantes, gentes groseras y supersticiosas? ¿No se distinguian mas de doscientos cincuenta sacerdotes, miles de seglares instruidos, y miles y miles de hom-

bres de diversas procedencias, pero impulsados todos por una conviccion profunda y bien meditada? Un sacerdote que hacia parte del inmenso concurso, no pudo preseindir de elevar la voz en medio de la multitud, exclamando: *Si la Virgen Santísima no ha aparecido en esta montaña, está obligada á mostrarse hoy: si no se muestra es porque ya apareció:* Todos los que oyeron la exclamacion gritaron: *Sí, sí; cierto es que apareció.*

El milagro de La Saleta resonó desde su origen hasta en las altas regiones del poder temporal. Advertido este por la voz pública, recibió informaciones secretas; hizo interrogar á los niños; mandó agentes á Corps, á La Saleta, á la montaña y á Grenoble; procuró contener, trastornar y, cuando menos, atenuar la verdad del hecho; y algunos periodistas, siempre hostiles á la Religion, señalaron el acontecimiento de La Saleta como un atentado contra el orden público; lo anunciaron de antemano como un crimen que debían vengar los tribunales; lo pintaron como un engaño sacrilego de parte del clero, digno del mayor castigo. Y bien. ¿qué es lo que ha resultado de todo este ruido, de tantas maquinaciones? La autoridad ha guardado silencio: sus agentes subalternos cesaron sus persecuciones: los diarios religiosos apagaron los fuegos de todas las baterías enemigas: la espantosa fantasmagoría desapareció, y la verdad del milagro permanece triunfante de todo. Bien podemos, pues, decir: *El dedo de Dios está aquí.*

IV.

NUEVAS DILIGENCIAS EN DESCUBRIMIENTO DE LA VERDAD, CARACTER DE LOS NIÑOS Y CUESTION DE SI PUDIERON ENGAÑAR Ó SER ENGAÑADOS.

Todo lo referido en el capítulo precedente tuvo lugar antes que los Sres. Rousselot y Orcel terminasen la comision que en calidad de delegados suyos les habia dado el diocesano de Grenoble. Concluida que fué, le entregaron una Memoria comprensiva de sus trabajos, y en seguida aquel Príncipe de la Iglesia (6 de Noviembre de 1847) nombró una respetable junta, compuesta de ocho canónigos, dos vicarios generales, el rector del gran Seminario y cinco párrocos de Grenoble, para que examinasen, en conferencias formales, todos los antecedentes reunidos, todo lo actuado oficialmente, y le manifestaran su opinion para que pudiera decidirse ó no á la declaracion canónica del suceso. Desde el 8 al 15 del citado mes de Noviembre, y el 6 y 13 de Diciembre, esta junta celebró ocho sesiones, y siendo en ellas relatores los Sres. Rousselot y Orcel, dieron cuenta de todo en la forma que vamos á demostrar, en cuyos hechos vuelve á verse cada vez mas el dedo de Dios, particularmente en la constancia y uniformidad de los niños, no menos que en sus admirables contestaciones.

“Ilmo. Sr.:

“Los comisarios infrascritos, delegados por vuestra Ilustrísima para recibir informacion y recoger en las localidades y en las cercanias todas las noticias relativas al hecho de La Saleta, tienen el honor de darle cuenta de su mision, exponiendo lo que sigue:

“Habiendo salido de Grenoble el 27 de Julio, hemos recorrido las diócesis de Valence, de Viviers, de Avignon, de Nimes, de Montpellier, de Marsella, de Frejus, de Digne y de Gap, nos hemos detenido en la mayor parte de estas ciudades episcopales, y hemos sido admitidos en audiencia por seis Señores Obispos. Estos ilustres Prelados han tenido á bien conferenciar con nosotros sobre el objeto de nuestra mision, y hemos visto que en todas partes no se hablaba mas que de la célebre aparicion de La Saleta, del agua de la fuente milagrosa, de las peregrinaciones hechas y por hacerse á la montaña santa, de los milagros operados y de las gracias obtenidas por la intercesion de Nuestra Señora de La Saleta y por el uso del agua de La Saleta.

“Hemos visto é interrogado muchas personas que decian haberse curado; en todas partes hemos pedido y se se nos han dado, aun sin pedir, relaciones muy auténticas de los hechos milagrosos.

“El 25 de Agosto, despues de un viaje feliz, llegamos á Corps, villa á donde es preciso llegar cuando se quiere visitar el teatro del maravilloso acontecimiento que hacia un año estaba ocupando á la Francia entera, y habia resonado hasta en los países extranjeros.

“En la tarde del mismo dia interrogamos, uno despues de otro, á los dos pastorcitos, célebres ya sin que ellos lo presuman ni esperasen, y causa primera del concurso prodigioso que se observa sin interrupcion ya va para mas de un año en estas altas montañas, extrema frontera Sudeste de la diócesis de Grenoble.

“Al dia siguiente 26, como tiempo de frio y nebuloso, subimos por los senderos estrechos, difíciles y atrevidos con los dos niños á la llanura de la aparicion, acompañados de los Sres. *Melin*, cura arcipreste de Corps; *Perrin*, cura de La Saleta; *Paquet*, cura de Treminis, y de otros muchos eclesiásticos del obispado, de un cura de la diócesis de Frejus, de otro de la de Gap, y de treinta á cuarenta peregrinos venidos de lejos, que, instruidos del objeto de nuestra mision, tomaron interes en unirse á nosotros para ser testigos de todo.

“La Saleta es un distrito (1)... El monton de piedras sobre el cual observaron los niños que la Señora estaba sentada, triste y con la cara oculta entre sus manos, ha desaparecido totalmente, pues los peregrinos y las gentes del país las han recogido y llevádoselas con respeto y devocion. Sin embargo, el señor cura de Corps hizo desde un principio que se llevase á su casa, para conservarla con cuidado, la piedra sobre la cual estaba inmediatamente sentada la Señora. Esta piedra se llevó mas tarde á La Saleta, pueblo donde naturalmente debía existir.

“Siendo los dos pastorcitos los únicos actores en el acontecimiento extraordinario que preocupaba tan vivamente los ánimos, importa mucho conocer su carácter, sus defectos, su educacion y su instruccion. De este conocimiento depende el grado de confianza que puede y debe darse razonablemente á lo que dicen. Es, pues, necesario descubrir si han podido engañar, si son capaces de urdir una fábula, ó víctimas de una alucinacion mental, ó, en fin, engañados por alguna superchería. No hemos omitido nada para procurarnos las noticias mas exactas, mas precisas, aun las mas minuciosas sobre lo que eran estos niños antes del acontecimiento y lo que son despues.

(1) Ya queda hecha su descripeion en el capítulo primero, y es la misma que hacen estos comisionados, por lo que no la repetimos aquí.

“Carácter de Maximino.

“Pedro Maximino Giraud, que nació en Corps el 27 de Agosto de 1835 de padres muy pobres, que ganan su pan con el sudor de su rostro, es bastante pequeño, de cara redonda y que anunciaba buena salud. Su mirada es suave; la fija sin turbarse y sin temor en las personas que le interrogan; no permanece un instante quieto; gesticula naturalmente cuando habla; jamás se enfada, aun cuando se le trate de mentiroso en los largos y numerosos interrogatorios que se le hacen. Sin embargo, algunas veces, estenuado de fatiga y cansado de verse molestado con impertinencias sobre lo que dice, se muestra impaciente, según dicen algunas personas. Este natural inculto aleja toda idea de que los niños sean capaces de engañar. Algunos de los que los han juzgado un poco groseros podrían imputarse á sí mismos el defecto de que se quejan; pues según dicen los testigos, ellos pusieron á los pobres niños en un estado violento por medio de una multitud de preguntas tan imprudentes y capciosas, que podrían embarazar, y aun incomodar á las personas más razonables.

“Otros también han podido encontrar á los niños poco complacientes, por causa de otros interrogatorios que les precedieron, como se ha observado más de una vez. Cuando Maximino concluye de hacer relación y de responder á las preguntas que se le han hecho, procura escaparse para volver á sus juegos y entretenimientos.

“Antes del suceso, Maximino no iba á la escuela, no sabía leer ni escribir, estaba sin instrucción y sin educación. Conducido á la Iglesia, se escapaba muy á menudo para ir á divertirse con sus compañeros; de manera que, desprovisto de toda instrucción religiosa, no había podido ser incluido entre los niños que el cura de la parroquia preparaba para hacer la primera comunión. Su padre declara que no pudo hacerle aprender el Padre nuestro y el Ave María sino con mucho trabajo durante tres ó cuatro años.

“Si Maximino tiene los defectos comunes en su edad, no se le conoce ningún vicio, á menos que no sea el de ser un poco gloton. Tampoco tiene amor propio: confiesa con grande ingenuidad, la miseria de su condición y la bajeza de sus primeras ocupaciones. Cuando le hemos preguntado en dónde estaba y qué hacía antes de ir á servir á casa de Pedro Selma, nos ha respondido con la mayor naturalidad, que estaba en casa de sus padres y que iba á recoger estiércol á los caminos. Va más lejos todavía, pues confiesa sus defectos. Así es que por dos veces le llamamos á nuestro cuarto, y habiéndole dicho: *Nos han dicho que antes de la aparición eras un poco mentiroso; Maximino, sonriéndose y con un aire de candor, contestó: No han engañado á ustedes; les han dicho la verdad: yo mentía, y también juraba y tiraba piedras á mis vacas cuando se desviaban.*

“Después del acontecimiento del 19 de Setiembre de 1846, Maximino va á la escuela de las religiosas de la Providencia, maestras virtuosas y celosas: en ella pasa el día y toma lecciones. La respetable superiora, mujer de juicio y de una edad madura, interrogada por nosotros acerca de lo que ha podido observar en Maximino durante estos diez meses, nos ha dicho: “Maximino no manifiesta más que disposiciones comunes; aprende á leer, escribir, el catecismo, etc.: es bastante obediente; pero vivo y amigo de divertirse; está siempre en movimiento. “Nunca nos ha hablado del asunto de La Saleta, y nosotros hemos evitado recordárselo para que no se diese á sí mismo importancia. Al salir de los largos y numerosos interrogatorios que se le hacen, jamás dice á nadie, “ni á nosotras, ni á otros niños, quién es la persona que le ha preguntado; ni qué preguntas le ha hecho. “Después de los interrogatorios y de los viajes que le hacen hacer á La Saleta, vuelve tan sencillo é indiferente como “si no se hubiese tratado de él para nada. No he querido que reciba dinero cuando algunos peregrinos han intentado dárselo, y si alguna vez se ve obligado á acep-

“tarlo, me lo entrega inmediata y fielmente; pero de ningún modo se ocupa en pensar si yo lo empleo para él ó para sus padres. Los objetos de piedad que le regalan, como libros, cruces, rosarios, medallas, etc., no los guarda; unas veces los da al primer niño amigo suyo que encuentra, y otras los pierde por causa de su ligereza natural. Maximino no es naturalmente devoto; pero asiste de muy buena gana á misa, y reza con fervor cuantas veces se le recuerda este deber. En una palabra, este niño no observa que durante estos diez meses es el objeto de la curiosidad, del afecto, de la atención y de las caricias de un público numeroso; no piensa que él es la causa primera del concurso prodigioso que diariamente tiene lugar en “La Saleta.”

“Así nos habló con un juicio exquisito esta digna superiora; y nosotros podemos añadir que Maximino, aun hoy, no ha cambiado de carácter, aunque han pasado ya veinte meses desde el día del gran acontecimiento. Una felicidad es para estos pobres pastorcitos que habiendo llamado en el principio la atención de todos los habitantes de Corps y de las cercanías, estén hoy en una especie de olvido en medio de sus convecinos cambiados y convertidos. Sus padres mismos, tan pobres como son, no parece que quieran sacar ventajas del privilegio concedido á sus hijos, pues á quererlo, fácil les sería mejorar su posición.

“*Carácter de Melania.*”

“La jóven pastora, Francisca Melania Mathieu, nació tambien en Corps el 7 de Noviembre de 1831, de padres igualmente pobres. Muy niña todavía se puso á servir para ganar su sustento, guardando ganados. No iba á la Iglesia sino rara vez, porque sus amos la ocupaban los Domingos, lo mismo que en los restantes días de la semana: casi no tenia conocimiento alguno de la Religión, y su memoria ingrata no podia retener dos líneas del catecismo;

así es que no habia hecho la primera comunión. Aunque de edad de cerca de diez y seis años, no es ni alta, ni robusta, ni bastante desarrollada en proporcion á su edad. Se le observaba gran modestia en la posición de su cuerpo y en la de su cabeza, en sus miradas, y en el agrado de su cara aunque un poco tímida, no se muestra incomodada ni embarazada con los extraños. Los nueve meses anteriores de la aparición de La Saleta estaba al servicio de Bautista Pra, vecino del barrio de los Ablandines, y, preguntado este buen hombre sobre el carácter de Melania, nos la ha pintado como de una timidez excesiva, y tan poco cuidada de sí misma, que, al volver del monte por las noches toda empapada en agua, no pretendía cambiar de ropa; algunas veces, y siempre por efecto de su carácter, se dormía en el establo: otras, si no se hubiera tenido cuidado de ella, habria pasado la noche en la calle. Ha declarado tambien su amo que antes de la aparición era perezosa, adusta, hasta el extremo de no querer responder algunas veces á los que le dirigian la palabra; pero que desde la aparición es activa, obediente, y hace mejor sus oraciones. La declaración de Bautista Pra, amo de Melania, concluye de este modo. “Antes de firmar añado que en los primeros días de la aparición yo no dí crédito á lo que decian los niños, y encargué muchas veces á Melania que recibiese el dinero que querian darla para que guardase silencio; pero esta niña constantemente se negó á recibir el dinero que se le presentaba: siempre se resistió á las promesas y amenazas.

“El alcalde de La Saleta, entre otros, empleó inútilmente toda especie de medios para poner á la niña en contradicción consigo misma, mas no pudo obtenerlo; le ofreció dinero, y lo despreció; la amenazó, y respondió á sus amenazas que siempre repetiría en todas partes lo que la hermosa Señora le habia dicho. Todo esto pasó entre ella y el alcalde durante una hora que la estuvo interrogando el Domingo 20 de Setiembre, día siguiente al de “la aparición.”

“Al frente de todo esto examinaremos la cuestion de si los niños han podido engañar ó ser engañados.

“El carácter de ellos es tal, que, desde veinte meses há que hablan y que se les hace hablar, no se puede observar en ellos mas que dos canales que transmiten pura y simplemente el agua clara que han recibido, sin que le comuniquen ningun color ni sabor. Veinte meses ha que no perciben la celebridad que han adquirido, ni la conmocion que han causado en las poblaciones, aun muy lejanas: veinte meses há que las personas mas distinguidas que llegan, y á menudo de muy lejos, les llaman, les preguntan, les conducen al teatro del acontecimiento, les vuelven al pueblo, les vuelven á llevar y traer, emplean para con ellos promesas y amenazas, caricias ó injurias, les fatigan con objeciones, los separan, los juntan, y, sin embargo de este tormento de veinte meses, los niños no se cansan de repetir las mismas cosas, de responder á las reconvencciones sin número con que se procura embarazarlos en interrogatorios de cinco á seis horas que se les hacen sufrir. Ordinariamente se muestran suaves y tranquilos: cuando están cansados, aparecen poco complacientes, dejando así ver su falta de educacion, pero jamas varían, nunca se contradicen, y cuando salen de los largos y fastidiosos interrogatorios, no piensan en nada, no hablan de nada entre sí, ni con sus compañeros, ni con sus padres, ni con las personas que conocen. Aun cuando el Papa mismo les hubiese interrogado, no se jactarian de ello ni lo dirian á nadie.

“Digasenos ahora: ¿es este el carácter ordinario de los niños? Niños de este temple, ¿han podido imaginar y concertar la historia que refieren? Y si hubiesen sido capaces de urdirla, ¿no temblarian de ser descubiertos cada vez que se les interroga? ¿No temerian cortarse y contradecirse, mayormente cuando fueran interrogados con separacion el uno del otro?

“Un hecho que desde el principio presenta como imposible toda colision entre los dos niños, es que Maximino

volvió á Corps á la casa de sus padres el 21 de Setiembre, dia segundo de la aparicion, y Melania quedó en los Ablandines hasta Navidad, continuando el servicio de pastora en casa de su amo. ¿Cómo, pues, durante mas de dos meses y medio ha podido suceder que Maximino diese todos los dias en la villa de Corps las mismas noticias, relaciones y detalles que Melania daba por su parte en aquel barrio de La Saleta, distante dos leguas de Corps? ¿Cómo es que en mas de mil preguntas que durante ese tiempo, estando así separados, se les han hecho, no han caido en contradiccion? Que se nos explique esto:

“Consideremos ahora la cuestion bajo otro punto de vista. El terreno de la aparicion [descrito fielmente ya en el principio de este libro] prueba hasta la evidencia á quien lo observa, la imposibilidad de toda especie de fraude, de lazo tendido y de maquinacion oculta. Ningun lugar mas impropio para una aparicion repentina y para una desaparicion pronta ó gradual de alguna aventurera ó gitana, que hubiese querido engañar á dos pobres pastorcitos para engañar luego al público; ningun lugar menos propio para las ilusiones de la óptica, para los efectos de la luz, para los disfraces que está uno obligado á usar cuando se quiere contradecir, ó explicar con hipótesis quiméricas ó extravagantes la relacion sencilla y natural de los niños de La Saleta. Inútil es preguntar quién es la pretendida aventurera, cómo y por dónde llegó á la montaña, cómo apareció resplandeciente de luz, cómo desapareció gradualmente, etc.

“O la Señora era de Corps ó de las cercanías, ó no era de ningun pueblo de ellas. En el primer caso, ¿cómo es que en los veinte meses que han pasado ya no es conocida? ¿Cuál fué su objeto, ni cómo llegó á La Saleta sin ser vista de nadie? ¿En dónde tomó el martillo y las tenazas, y cómo supo el asunto de la pérdida del trigo de Coin? ¿Cómo no la vieron otros pastores que habia en la montaña en que estaban Maximino y Melania? En el segundo caso, si era de un país lejano, ¿cómo pudo hablar

el *patois* que se habla en Corps? ¿Por dónde pasó para ir á la montaña sin haber sido vista por ninguna persona en La Saleta, en Corps ni en las cercanías? ¿Qué objeto se propuso?

“Si se tuviera el valor suficiente para decir que el diablo es el que se apareció á los niños, que, segun la expresion de San Pablo, se habia transformado en ángel de luz, responderíamos que el diablo fué extrañamente engañado, y que por la primera vez trabajó contra sí mismo. ¿Quiso ó podía querer, por ventura, la conversion del distrito de Corps, la extincion de las blasfemias, la cesacion del trabajo en el dia festivo y la observancia de las leyes de la Iglesia? ¿Quería que se hicieran esas innumerables oraciones, esos cánticos piadosos, esos actos de religion de mas de cien mil peregrinos que han ido de todas partes á la montaña? ¿Quería todo este renuevo de devocion hácia la que le estrujó la cabeza?

“¿Se dirá tal vez que en el asunto de La Saleta hay oculto algun impostor, de quien los dos pastorcitos son cómplices? ¿Quién podrá ser ese atrevido, que jamas ha tenido semejante? ¡Siempre invisible y siempre soplando á los oidos de sus dos pequeños cómplices! ¡Burlándose de la buena fé de las poblaciones, y, sin embargo, atrayéndolas á la Religion! ¡Confiándose á niños indiscretos por naturaleza, y nunca deseubierto! ¡Les prometen oro, y permanecen en la pobreza; y queriendo enriquecerse él por su medio, no saca de ellos ningun provecho! ¡Les hace vislumbrar la gloria, y los deja en la oscuridad! ¡Quiere para sí gloria, honor, reputacion y permanece oculto tras del telon! Véase aquí el mas extraño atrevido, el mas necio especulador que hubo jamas. Siendo su objeto desvirtuar la Religion, la fortifica; quiere aniquilar la piedad, y la aumenta; intenta engañar, y él mismo se engaña; y, por último, queriendo que se debilite el culto de la Virgen Santísima, él lo propaga. ¿Podrá decirsenos quién es este chocante é inconcebible impostor?

“Se nos dirá quizá, por no confesar la realidad de la

aparicion de La Saleta, que los dos pastorcitos están dominados de una ilusion involuntaria ó de una alucinacion mental. Vano pretexto. Sin embargo, en este caso se niega un prodigio confesando otro mayor, mil veces menos explicable. ¿Cómo podrá admitirse una ilusion enteramente idéntica en dos pequeños seres que apenas se conocen, y que no tienen simpatía alguna el uno por el otro? ¿Es posible una ilusion constante, durable, perseverante, que hace veinte meses les sigue á todas partes y les hace repetir siempre y á todos unas mismas cosas? ¿Lo es una ilusion de tal modo clara y aun infalible, que es imposible hacerles caer en contradiccion, ni aun en la menor de las cosas que dicen haber visto, dicho, hecho y oido? ¿Es admisible una ilusion tan extraordinaria, tan contraria á su carácter grosero, á su entendimiento inculto, á su alma extraña á las emociones de la piedad? Pretender explicar de este modo el hecho de La Saleta, ¿no es querer negar un milagro y caer en la confesion de otro? ¿No es combatir una realidad con quimeras, y presentarse contrario aun al sentido comun para aparentar talento y fortaleza de espíritu? Concluyamos esta cuestion diciendo que *los niños, ni han engañado, ni son engañados.*”

Cierto, y nosotros añadimos, uniendo nuestra conviccion á la del Sr. Obispo de la Rochelle, que la Señora aparecida en el monte es la *Virgen Santísima*. No se necesitan mas pruebas; pero ahí está para todo tiempo la de los sesenta mil peregrinos del dia del primer aniversario, que firmemente persuadidos de la verdad, gritan: *Sí, sí; es cierto que la Virgen apareció aquí.*

Los dos referidos delegados por el reverendo Obispo de Grenoble continuan su memoria citando otras muchas diligencias, folletos, cartas y documentos de los Sres. Obispos, Canónigos, Prelados, Párrocos, Magistrados, etc., de Francia, de Roma, de Turin, de Viena, de Suiza: los unos pidiendo noticias detalladas del acontecimiento, los otros publicando su conviccion, y todos confesándose creyentes del milagro. Omitimos la narracion de lo que resulta en es-

tos documentos, porque todos repiten los hechos que dejamos consignados; y como en el plan que nos hemos propuesto no tienen cabida las repeticiones, porque entorpecerian y confundirian la diversidad de los hechos, pasaremos ahora á poner á los niños ante los interrogadores, y se verá una vez mas confirmada la idea de que el espíritu de Dios presidia en sus corazones y en sus lenguas.

V.

LOS NIÑOS ANTE LOS ESCRUTADORES.

Hemos dicho ya que el dia siguiente de la aparicion, segun lo declarado oficialmente por Bautista Pra, amo de Melania, se hizo esta superior á las promesas y amenazas del alcalde de La Saleta, y le contestó que en todas partes diria lo que la hermosa Señora le mandó que dijese: Oigamos ahora al señor Obispo de la Rochelle:

“Me detuve en Corps, fuí al convento en que estaban los dos niños que ocupaban de continuo mi pensamiento, y me acerqué á ellos con una especie de respeto que procuré disimular lo mejor que pude: habian sido visitados y honrados con la visita de la Reina del cielo y de la tierra: ¿podia yo acaso mirarlos con indiferencia? Sin embargo, no debia olvidar que, aunque indigno, me hallaba reves-

tido del carácter episcopal. *Arrodillaos, hijos mios*, les dije, *y recibireis la bendicion*. Pusiéronse, en efecto, de rodillas, y les bendije con una ternura que me esforcé en ocultar. Hice que se levantasen luego, y les invité á que me recitasen una parte de las oraciones que hacian por la mañana y por la noche. Servíame de mortificacion el no expresarles al momento todo el afecto que hácia ellos sentia mi corazon conmovido, y me contenté con imponer por espacio de un minuto mis manos sobre sus cabezas, y darles algunos consejos paternales, concluyendo por abrazar á Maximino, cuyo rostro tuve algunos instantes apoyado contra mi pecho. Pregunté á uno y otro si querian acompañarme á la montaña: Maximino se apresuró á responder que lo haria con el mayor gusto. Melania mas tímida, contestó solamente con algunas señales que manifestaban su alegría y su anhelo por corresponder á mis deseos. Pues bien, hijos mios les dije: no os apartéis de mi lado; y permaneced lo mas asiduamente que podais el uno á mi derecha, y el otro á mi izquierda mientras hagamos el viaje á la montaña.

“No eran todavía las cinco de la mañana cuando salimos de Corps; nuestra comitiva no era muy numerosa cuando nos pusimos en camino; pero luego se aumentó considerablemente. A las dos horas y media de marcha llegamos cerca de la parroquia de La Saleta, que apenas era la mitad del camino que teniamos que andar, salió á recibirme el párroco *M. Perrin*, y tambien lo hizo el Sr. *Peytard*, alcalde del pueblo, el cual habia tenido la bondad de prepararme un caballo: díle las gracias por su atencion, pero no acepté la oferta, porque estaba resuelto á hacer el viaje de peregrinacion á pié. Entramos en la abadía y el Sr. Cura nos ofreció una pequeña refaccion, que aceptamos.

“Entonces nos contó el Sr. *Peytard* el interrogatorio que habia hécho á Maximino y á Melania el dia siguiente al de la aparicion.

“Los puse [*habla el alcalde*] préviamente en cuartos separa-